

LA MIRADA TELEVISIVA: UNA VISIÓN SOBRE LA FIESTA

por

BALDOMERO TOSCANO PRIETO

El toreo es escuela, aprendizaje de los ojos por la mirada. Si el torero no ve claro lo que mira no puede torear. O torea mal, que es como si no toreara. Y al espectador le sucede lo mismo: ve claro lo que mira o lo ve mal, que es como si no lo viera.

JOSÉ BERGAMÍN, "No dar crédito a los ojos", en *La claridad del toreo* (Madrid 1987).

Saber mirar para poder ver, mirar sabiendo enseñar a ver. Tal vez sea ésta la esencia del trabajo de todo realizador. Y esa esencialidad es a la vez un reto de la mirada a los criterios del conocimiento y a la capacidad para ofrecerlos al espectador. Y más aún en la fiesta de los toros, tan fieramente resistente a dejarse atrapar por la fría e implacable desnudez con que capta la cámara televisiva. Ya lo apunté en las Primeras Jornadas celebradas en 1998 en esta misma sala: el ceremonial dramático del toreo, la intensidad de la corrida es registrada tan solo parcialmente a través de las cámaras. La compleja y rica variedad de sus rasgos reducida a la visión obligadamente esquemática de la televisión.

Aún así, con sus limitaciones, el desarrollo y la puesta en escena de la retransmisión televisiva taurina posee unas características que están estrechamente ligadas a las posibilidades visuales y técnicas del medio y al desarrollo del espectáculo del toreo. Son algunas de estas relaciones las que van a ser analizadas a continuación.

Del espacio

En una gran medida, y los aficionados lo saben, el torero es una cuestión de espacios. En el lenguaje taurino se expresaría como un problema de “terrenos” y de “distancias” —magnífica y bella denominación del término *espacio*. El torero podría ser definido como una lucha por el dominio del animal en un espacio, en un terreno. Se atribuye a Francisco Montes *Paquiro* una irónica sentencia sobre el arte del torero: «Torear es muy sencillo: tu citas, el toro se arranca, cuando llega a tus terrenos, le quitas. Y, si no le quitas tú, te quita el toro». No se puede ser más claro: el torero es manejar el espacio, conquistar un terreno.

Pero además las alusiones a términos espaciales son especialmente abundantes en el mundo del torero: “ponerse en el sitio”, para referirse a la situación del torero respecto al toro; “darle distancia”, que expresa dos importantes matices, uno de posición: toro y torero y otro formal: no ahogar la embestida, adaptarse a las condiciones del animal; “cogerle el sitio”, para señalar el acoplamiento o no a lo largo de la faena; las “querencias” que aluden no sólo a los espacios a los que el animal demuestra tendencia a acogerse, sino que también sirven para medir, por sus reacciones y comportamiento en estos terrenos, la bravura del toro. Y por supuesto la división del espacio del ruedo en tres: tablas, tercio y medios.

También la planificación de una retransmisión a través de las cámaras de televisión es una cuestión esencial de espacios. De selección espacial diríamos. El espectáculo taurino tiene una relación especial con su espectador: no existe desde la plaza una posición privilegiada para la mirada. La circularidad del escenario de la corrida, la plaza de toros, confiere cierto carácter “democrático” a los testigos de la fiesta. Solo podría hablarse de los espectadores ubicados al sol o a la sombra, privilegio tan sólo de carácter climático y/o económico. Además la faena “ideal” debería desarrollarse en los medios tanto por ser el espacio más idóneo e igualitario para todos los espectadores como por ser el sitio apropiado a las excelencias de la bravura del toro y a las condiciones óptimas de una buena lidia a cargo de un buen torero.

Si no existe una posición privilegiada para el espectador en la plaza, sí podríamos asegurar que existe, o debería existir, en la mirada privilegiada que nos ofrece la televisión. La multiplicidad del punto de vista —varias

cámaras desde diferentes espacios, con diferentes angulaciones y distintas ópticas— hace que la televisión pueda ofrecer una ubicuidad que el espectador en la plaza no dispone.

En el caso de la percepción de los espacios y del desarrollo de la corrida está estrechamente relacionada con la disposición topológica del espectador, en la televisión también, pero es la multiplicidad y la fragmentación del punto de vista televisivo la que hace que el espectador en casa pueda obtener más información visual global y a la vez más detallada.

Esta característica —la multiplicidad de los puntos de vista— que es rasgo inequívoco de lo televisivo se ha acentuado tanto con el desarrollo de los medios técnicos: grúas, microcámaras, “cámara superlenta”, infografía, etc. como con una progresiva “espectacularización”, a la que está obligado el medio televisivo en su permanente objetivo de captar audiencias y mercado —caso inequívoco en la reciente lucha por los derechos de las retransmisiones taurinas entre Canal Plus y Vía Digital—.

A lo largo de las últimas temporadas hemos asistido a un generoso despliegue tecnológico en las retransmisiones taurinas, ampliándose la cobertura de las cámaras a lo largo de las plazas, con nuevos e inéditos ángulos de visión. Esta posición espacialmente privilegiada del espectador televisivo se ha visto súbitamente aumentada en una especie de “más difícil todavía” por parte de la técnica televisiva. No queremos sin embargo extendernos en esta cuestión, que bien puede ser objeto de un futuro análisis, sino referirnos a un aspecto relacionado con la posición espacial de las cámaras en la plaza.

Se ha señalado que la perspectiva óptica de la cámara televisiva achata y desdramatiza, que resta profundidad a la tridimensionalidad que aprecia el espectador desde los tendidos. Cierto e indudable. Pero también lo es que la visión de la cámara potencia a veces cierta “poetización” del toreo, le impone un rasgo abstracto que aunque no muestre su verdad esencial le confiere un carácter especial. Nos referimos en este caso a lo que podría denominarse como “tipología por altura”. Vamos a intentar explicarlo. Respecto a la ubicación de cámaras en la plaza para la retransmisión en relación a la altura respecto al ruedo podríamos señalar dos posiciones básicas: una en la que por su altura entra en el campo del plano ofrecido una referencia de la barrera y el público tras toro y torero.

Es obviamente la posición más baja respecto al suelo de la plaza: cámaras situadas en callejón o en los tendidos bajos. En ellas se encuadra la faena desde una perspectiva más baja, con—como hemos señalado—elementos de público y referencia de barrera de fondo en el plano. Se aprecia en estos planos la lidia con referencia permanente del entorno de la plaza: público, cuadrillas, posición de subalternos, etc.

La otra posición a señalar es la de las cámaras situadas sobre los tendidos altos, a una mayor distancia respecto a la superficie de la plaza, más “picada” podríamos señalar empleando el argot televisivo. Desde estas posiciones se encuadra la faena sin referentes espaciales. Se aísla la visión del toreo al plano que encuadra toro y torero con el fondo neutro de la arena, del suelo del ruedo. Esta posición favorece el aislamiento de los elementos que intervienen en la fiesta, abstraen al espectador del entorno, de otra referencia que no sea el transcurrir de la serie de muletazos o determinado pase. Es un plano que muestra tan sólo lo esencial: toro y torero. Sin otros elementos incluidos en la imagen este tipo de plano favorece sin duda cierta abstracción espacial, cierta poetización, subrayando lo que es consustancial al desarrollo de la fiesta de los toros: un hombre solo frente al animal en el albero.

Del tiempo

La técnica en el toreo puede reducirse a una ley estrictamente temporal: parar, templar y mandar. Esa es la composición esencial de toda suerte y la televisión debe mostrar esa inmutabilidad sin fragmentarla, sin quebrarla. Por eso la duración del plano, la permanencia de éste en pantalla no debe determinarla el realizador sino la incidencia de la lidia. La fragmentación—elemento fundamental en todo discurso audiovisual—es negativa ante el toreo: el pase no puede ni debe partirse en varios planos. La temporalidad natural de la faena debe ser respetada: la serie se mantiene íntegra en un solo plano, desde su inicio hasta que el diestro la remata. Sólo así no se pervierte el ritmo y la cadencia natural que imprime el torero a su labor frente al animal.

Al igual que los buenos guiones cinematográficos, que la composición de un buen relato audiovisual, la lidia es previsible pero no predecible en su transcurrir temporal por eso la labor del realizador es fundamental a la hora de captar y ofrecer al espectador el tratamiento visual idóneo de la

corrida, en cada uno de sus mágicos instantes. Al igual que cada tercio sirve para desarrollar la corrida, para calibrar y valorar las condiciones del animal y del diestro, de igual modo en la retransmisión se ha de intentar seguir el devenir del espectáculo taurino sin modificarlo, sin interrumpirlo, sin malearlo. Ese es el reto y la grandeza ante las cámaras y ante los espectadores. Ofrecer la inmensa riqueza del toreo con la menor sensación de mediación posible. Ofrecer la verdad.